

Capitalismo del siglo XXI: ¿Punto sin retorno?

Michel Husson

■ Diez años después, no ha terminado la crisis abierta en 2007 y parece pesar duraderamente sobre el crecimiento futuro, como lo explica el FMI: “El crecimiento mundial continúa, pero a un ritmo cada vez más decepcionante que expone a amenazas a la economía mundial. El crecimiento ha sido demasiado débil desde demasiado largo tiempo” (FMI, 2016). La producción industrial está orientada a la baja, así como el comercio mundial.

Con ocasión de la presentación de las últimas previsiones de la OCDE, Catherine Mann, su economista jefe, señalaba que “la desaceleración del crecimiento potencial en los países avanzados es una preocupación permanente” (Mann, 2015). Y la fórmula de Christine Lagarde, según la cual “estamos en estado de vigilancia, no en estado de alarma”, no tranquiliza a casi nadie.

Así pues los capitalistas están inquietos: en la actualidad su sistema está sumergido en una profunda crisis. Para entender mejor sus razones es necesario situarla en perspectiva antes de presentar las razones de este bloqueo.

La crisis en perspectiva

La crisis actual puede ser caracterizada como la crisis de las soluciones a la crisis precedente. Para comprender mejor los problemas actuales del capitalismo, es necesario retroceder atrás en el tiempo, hasta las grandes recesiones de 1974-1975 y de 1980-1982. Es en ese periodo cuando ha empezado a trastocarse el modelo del capitalismo de posguerra y dejan de funcionar las llamadas políticas keynesianas.

Ese giro se explica esencialmente por el agotamiento de las ganancias de productividad. El principal factor de dinamismo del capitalismo es en efecto el aumento de la productividad del trabajo, o dicho de otra forma, su capacidad de reducir el tiempo de trabajo necesario para producir una mercancía. Hasta mediados de los 1970, las ganancias de productividad eran elevadas, lo que ha permitido a los países capitalistas avanzados conocer una (relativa) “edad de oro”: el poder de compra de los asalariados podía aumentar sin cuestionar la tasa de beneficio.

Pero a partir del momento en que las ganancias de productividad empezaron a desacelerarse, el restablecimiento o el mantenimiento de la tasa de beneficio en un nivel aceptable debía basarse en otros factores. Durante todo el periodo neoliberal iniciado en los años 1980, el capitalismo ha efectivamente logrado –con múltiples choques– esta proeza: resta-

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

blecer el beneficio, a pesar del agotamiento tendencial de las ganancias de productividad.

El descenso de la tasa de beneficio se esbozó desde mediados de los años 1960 y esa caída coincidió perfectamente con la desaceleración de las ganancias de productividad. En cambio, el retorno al alza de la tasa de beneficio, que se produjo en el curso de los años 1980, tuvo lugar a la vez que las ganancias de productividad se estancaban durante todo el periodo neoliberal en un nivel de aproximadamente el 2% anual. Sin embargo, esa relación no se ha roto íntegramente: las amplias fluctuaciones de la tasa de beneficio se corresponden estrechamente con las de las ganancias de productividad.

¿Cómo explicar entonces esa progresión de la tasa de beneficio a pesar de las reducidas ganancias de productividad? La respuesta a esta cuestión es esencial porque permite comprender la lógica del modelo neoliberal.

La crisis del modelo neoliberal

Evidentemente, el factor primordial es el descenso de la parte de los salarios en el valor agregado, que es una tendencia prácticamente universal, por otra parte reconocida por instituciones como el FMI o la OCDE. Los salarios se han desacelerado así más rápidamente que las ganancias de productividad y ha podido aumentar la parte de los beneficios en la renta nacional.

Este restablecimiento de la tasa de beneficio no ha conducido a un suplemento de acumulación y esta diferencia históricamente inédita es una característica esencial del capitalismo neoliberal. Algunos lo explican por la depredación practicada por el capital financiero, oponiendo el “buen” capitalismo que invierte con el “malo” que especula. Pero estos dos capitalismos están en realidad estrechamente ligados y la distancia entre beneficio y acumulación remite a un factor más fundamental que es la rarefacción de las ocasiones de inversión rentable.

En esta concepción, el capital financiero no debe ser considerado como un fenómeno parásito sino como una pieza esencial del modelo neoliberal. La caída de la parte de los salarios no puede en efecto asegurar la dinámica del capitalismo. Se plantea inmediatamente un problema de realización del beneficio: ¿quién va a comprar las mercancías producidas por personas asalariadas cuyo poder de compra progresa menos rápidamente que el valor producido? Al redistribuir una parte de los beneficios a las capas sociales privilegiadas que la consumen, el capital financiero aporta una respuesta a esa cuestión. Además, mantiene e incluso estimula el sobreendeudamiento, facilita las transferencias internacionales y acompaña a la mundialización productiva, lo que permite a su vez presionar sobre los salarios.

La crisis actual es la crisis de un modelo de funcionamiento del capitalismo, diferente del de los “Treinta Gloriosos”. Este paso de un modelo a otro puede representarse mediante una aproximación “espectrográfica”. Esta consiste en construir las curvas características del capitalismo, a partir de una serie de indicadores: déficit comercial, ratio consumo privado/salarios, endeudamiento de los hogares, parte del 1 % de los más ricos en la renta nacional, globalización financiera, parte de los beneficios, etcétera. Estos indicadores se miden y combinan en un indicador sintético (Husson y Louçã, 2012).

Esta representación permite distinguir con claridad dos periodos. En el primero, denominado “fordista”, el capitalismo funciona de forma relativamente regulada, puesto que todos los indicadores que se considerasen estaban estabilizados: el reparto entre los salarios y el beneficio es relativamente constante, las desigualdades tienen tendencia a disminuir y las finanzas no juegan sino un papel secundario.

A mediados de los años 1980 se inaugura la fase neoliberal, en la que todos los indicadores, y por tanto también el indicador sintético,

“... su sistema está sumergido en una profunda crisis”

empiezan a aumentar de manera exponencial hasta la crisis, cuando se comienza a dibujar un cierto cambio. Esta constatación permite señalar la coherencia que existe entre los diversos componentes del modelo neoliberal; modelo que está intrínsecamente

asociado al incremento de las desigualdades, al sobreendeudamiento y a los desequilibrios comerciales.

Ahora bien, dicha coherencia era por esencia inestable y, sobre todo, no era sostenible, ya que suponía que el aumento de todos los indicadores podía prolongarse hasta el infinito. Además, el incremento de las desigualdades o el crecimiento extravagante de la cotización en bolsa tenía que alcanzar indefectiblemente su límite. Todos los economistas que anticiparon la crisis, como por ejemplo Wynne Godley o Steve Keen, fundamentaban su pronóstico sobre el retroceso inevitable de uno u otro de los indicadores.

La crisis hubiera podido estallar en un punto o en otro de esta configuración neoliberal. Que la crisis haya comenzado en la esfera financiera no implica que la crisis sea exclusivamente financiera. Se trata más bien de una crisis sistémica, de una crisis del conjunto de los dispositivos diseñados para restaurar la tasa de beneficio, y se trata de una crisis de las soluciones a la crisis precedente.

Ahora que el modelo neoliberal ha entrado en crisis, la cuestión es saber si el capitalismo es susceptible de poner a punto otro régimen. La respuesta a esta cuestión fundamental es negativa, por dos razones esenciales: los países denominados emergentes juegan cada vez menos su papel de bisagra en la dinámica del sistema y las ganancias de productividad se reducen de forma sostenida.

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

El final de la “emergencia”

En el período comprendido entre los años 1990 y el estallido de la crisis, el crecimiento mundial estaba sostenido por los países denominados emergentes, que se aprovechaban del consumo a crédito de los países avanzados, en particular de los Estados Unidos. Este bucle ha sido bautizado por los economistas norteamericanos como “gran moderación”. En efecto, el progreso del comercio mundial parece que se ha desacelerado de manera duradera.

Esta desaceleración es el síntoma de un relativo debilitamiento de la globalización productiva: las “cadenas de valor mundiales” dejan de desarrollarse especialmente entre Estados Unidos y China; esta última ha iniciado una transición accidentada y difícil hacia un modo de crecimiento autocentrado y menos dependiente de las exportaciones.

El conjunto de los países emergentes ha estado sometido a dos choques simultáneos. La crisis y la desaceleración de la economía mundial han llevado a una caída de precios de las materias primas, siendo la más espectacular la del petróleo. A la vez, los capitales se han retirado bruscamente de los países emergentes, provocando una caída en sus monedas. Este repliegue ha sido el revelador de una realidad mal percibida en el curso de la década anterior, como es la tendencia general a perder “ventajas comparativas”, en la medida en que la equiparación salarial conduce a una menor competitividad, así como a una desindustrialización prematura (Rodrik, 2015), e incluso a una “reprimarización” de países como Brasil (Salama, 2012).

Hoy día se realizan muchos ejercicios de prospectiva a largo plazo sobre la trayectoria de la economía mundial. Aunque los resultados deben tomarse con cierta circunspección, lo que sí reflejan es la forma en que los que predominan analizan la cuestión. Estos ejercicios van en la misma dirección y pronostican una desaceleración del crecimiento en todos los segmentos de la economía mundial.

En el caso de China, la potenciación del mercado doméstico y el aumento de los salarios tienden a reducir la posibilidad de que las firmas transnacionales capten el valor añadido en su beneficio. Evidentemente, se trata de una tendencia, pero la dinámica es más rápida de lo que se podía imaginar hace diez años, especialmente en lo referente a la progresión de los salarios. Los síntomas son múltiples de algo que pudiera llamarse un “repliegue” de la economía mundial (más que una des-globalización). En este sentido, Paul Krugman, en la revista de amplia difusión del FMI, llega incluso a sugerir que la “globalización es un proyecto más o menos acabado” (Krugman, 2016).

Es en este sentido como debe interpretarse el proyecto de Tratado Transatlántico entre los Estados Unidos y la Unión Europea, cuyo objetivo principal es el de reintensificar el comercio mundial.

El agotamiento de las ganancias de productividad

Los países emergentes en el futuro ya no podrán servir de relevo a los viejos países capitalistas en el sostén a la rentabilidad del capital. La razón primordial es que la desaceleración de las ganancias de productividad después de la crisis se ha extendido también a los países emergentes, de forma que hoy constituye un fenómeno más o menos universal (Husson, 2016a).

Por tanto, el horizonte del capitalismo parece ser el de un “estancamiento secular”. Si bien es cierto que la robótica y la automatización son portadoras de ganancias importantes de productividad en la industria y en los servicios, también es cierto que estas innovaciones necesitan inversiones, y éstas deben responder al criterio de la rentabilidad elevada exigida por los mercados financieros. Por otra parte, la automatización lleva a un cuestionamiento de la coherencia de las sociedades (paro generalizado, polarización entre empleos cualificados y pequeños trabajos, etcétera) lo cual agrava los problemas de “realización”. En efecto, resulta necesario que existan posibilidades de mercado, de forma que ahí se encuentra la contradicción fundamental de la automatización: ¿quién va a comprar las mercancías producidas por los robots? Los flujos de las innovaciones técnicas no parecen agotarse, pero el capitalismo no es capaz de incorporarlos a su lógica.

La defensa del capital ficticio

El capitalismo neoliberal ha surfeado sobre un mar de deudas. Pero las deudas, sean públicas o privadas, no sólo no han sido reducidas, sino que han continuado creciendo, lo cual constituye un rasgo esencial del periodo abierto por la crisis. Esta progresión es particularmente evidente en la deuda de los Estados, y no lo es menos en la de las empresas.

El periodo precedente de crisis se ha caracterizado por una enorme acumulación de capital ficticio, en forma de títulos financieros; dicho de otra forma, de derechos de giro sobre la plusvalía producida por la explotación de trabajo asalariado. Para que el capitalismo resurja sobre bases saludables, hubiera sido necesario destruir este capital ficticio (y seguramente también una parte del capital productivo). Es innegable que ha habido pérdidas, pero las políticas llevadas a cabo en el mundo han sido guiadas por un principio: preservar al máximo el capital ficticio y los derechos de giro que éste representa.

Lo anterior se realiza de dos formas: por un lado, por la transferencia de las deudas privadas hacia las deudas públicas y, mediante las medidas de austeridad, por una punción suplementaria de plusvalía para obtener beneficios; por otro lado, por la inyección masiva de liquidez. En el primer caso, puede decirse que el capitalismo respeta la ley del valor, según la cual todo valor que incrementa el capital procede del trabajo, puesto que busca aumentar el ratio plusvalía/capital, incrementando la plusvalía. Por el contrario, en el segundo caso, el capitalismo busca negar

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

o circunvalar la ley del valor mediante la búsqueda de crecimiento del capital ficticio, es decir del valor bursátil de títulos que no tienen relación con la situación de la esfera productiva. La crisis puede, por tanto, ser interpretada como una severa llamada a la ley del valor.

La regresión social

La crisis representa una inflexión mayor, en el sentido de la regresión social: ha sido la oportunidad para aplicar una “estrategia de choque”, retomando el título (en francés) del libro de Naomi Klein (2007). Esta conduce a un sombrío futuro del que pueden establecerse los contornos (Husson, 2016b), pero es necesario comprender por qué el capitalismo no dispone de otro futuro diferente. Esta es la conclusión lógica del panorama que se ha dibujado a grandes rasgos: las ganancias de productividad son reducidas, las perspectivas de extensión del mercado mundial son limitadas, la desvalorización del capital está excluida y el riego de moneda por los bancos centrales no hace que la máquina vuelva a funcionar.

En estas condiciones, no queda más que una salida: aumentar la tasa de explotación, o lo que es lo mismo reducir los salarios, reducir los gastos sociales y flexibilizar el mercado de trabajo. Esta presentación es esquemática, por lo que sería necesario introducir ciertos matices para tomar en cuenta las diferencias existentes entre los segmentos de la economía mundial, pero permite establecer las fuentes del desconcierto, incluso pavor, burgués.

En el callejón sin salida capitalista

La contradicción que tiene lugar hoy en día es la siguiente: más o menos, todas las instituciones internacionales (OCDE, FMI, Comisión Europea) están comenzando a descubrir las virtudes de la inversión pública y de la reactivación presupuestaria. Hay una forma de aproximación al buen sentido keynesiano: puesto que los capitalistas privados no quieren invertir, el sector público debe coger el testigo. Solo que no lo puede hacer porque la prioridad de hecho se le ha concedido a la austeridad presupuestaria y a la reducción de los gastos sociales.

Únicamente el pensamiento mágico permite huir de esta contradicción invocando el efecto de las “reformas estructurales”. Flexibilizando los mercados de trabajo y liberando todas las fuerzas de la competencia, la magia haría que estas reformas permitirían obtener los incrementos de productividad que la dinámica capitalista necesita. En la práctica, estas reformas tienen como único efecto extender el campo de la precarización, que a su vez se presenta como la forma necesaria de la modernidad digital.

Este sombrío panorama conduce a la siguiente conclusión: el capitalismo ha perdido prácticamente toda legitimidad social, porque no tiene ya nada que ofrecer. Esto lo proclama en voz alta: su buena salud depende del grado de regresión social que es capaz de imponer. De forma que todo proyecto tendente a convencerle para que adopte unas orientaciones

más razonables, en cierta manera está condenado al fracaso; basta considerar que la competencia mundial hace que sea prácticamente imposible toda gobernanza coordinada del sistema.

En estas condiciones, las luchas sociales defensivas adquieren casi inmediatamente un carácter anticapitalista. No obstante, es necesario que dichas luchas tengan un horizonte de transformación social que tenga en cuenta las características del capitalismo contemporáneo.

La economía mundial está en la actualidad dominada por las firmas multinacionales que organizan una competencia generalizada entre los asalariados del mundo entero e imponen, en gran medida, sus reglas de juego a los Estados y a las instituciones internacionales. Romper con este sistema supone comprender que éste no funciona como un conjunto de relaciones entre Estados-naciones. En consecuencia, una experiencia de transformación social debe efectuar una doble ruptura: con el mercado

mundial, pero también, en el interior de cada formación social, con la lógica capitalista.

El estancamiento secular se muestra como el escenario más verosímil y el desafío climático hace necesario iniciar la transición energética y ecológica. En estas condiciones resulta inútil querer explicar al capitalismo cómo relanzar el crecimiento de manera mejor que él. Por ello la cuestión del contenido del crecimiento y la del reparto de la riqueza deben ocupar un lugar central en todo proyecto alternativo que tenga vocación anticapitalista.

Michel Husson es economista y autor de *El capitalismo en 10 lecciones* (La ovejaroja-**viento sur**, 2013).

Referencias

FMI (2016) “Press Conference on the Release of the April 2016 World Economic Outlook”, 12/4/2016.

Disponible en: <http://pinguet.free.fr/fmit416.pdf>.

Husson M. y Louçã F. (2012) “Late Capitalism and Neo-Liberalism. A Perspective on the Current Phase of the Long Wave of Capitalist Development”. En Grinin L., Devezas T., Korotayev A. (eds) *Kondratieff Waves*, ‘Uchitel’, Volgograd. Traducción al castellano: “Capitalismo tardío y neoliberalismo”, *sinpermiso* n.º12, 2013.

Disponible en: <http://hussonet.free.fr/louespa.pdf>.

Husson M. (2016a) “El gran bluff de la robotización”.

viento sur, 147, agosto. Disponible en: <http://hussonet.free.fr/bluffesp.pdf>.

Husson M. (2016b) “Europa. El sombrío futuro de la crisis”.

Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article12003>.

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

Klein N. (2007) *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós Iberica.

Krugman P. (2016) “La libéralisation du commerce est au point mort, tant mieux!”. *Finances & Développement*, diciembre. Disponible en: <http://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/fre/2016/12/pdf/krugman.pdf>.

Lagarde C. (2016) “Discours à l’université Goethe”, Francfort, 5/4/2016. Disponible en: <http://www.imf.org/fr/News/Articles/2015/09/28/04/53/sp040516>.

Mann C. (2015) “Puzzles and Uncertainties”, *OECD Interim Economic Outlook*, septiembre. Disponible en: <http://gesd.free.fr/ozinterim915.pdf>.

Rodrik D. (2015) “Premature Deindustrialization”, NBER, *Working Paper* 20935, febrero. Disponible en: <http://gesd.free.fr/nber20935.pdf>.

Salama P. (2016) “Reprimarización sin industrialización, una crisis estructural en Brasil”. *Revista Herramienta*, 58, otoño.

Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-58/reprimarizacion-sin-industrializacion-una-crisis-estructural-en-brasil>.